



Huasos en Renoleta



Escribe
Jorge Edwards

Lo en la prensa que los automóviles viejos han invadido el campo chileno. El caballo de los huasos de hoy puede llegar a ser una citometa o una renoleta, o un Chevrolet cascado. Son signos de los tiempos. Uno pasa por el lado de una propiedad agrícola francesa y ve un automóvil, no viejo ni de segunda mano, a lo mejor un Citroën o un Mercedes Benz impecables, estacionado en la cilla. Por el centro, en plena fama, se divisa un tractor moderno manejado por el dueño de la propiedad. Así son las cosas. El desarrollo nos llevará, por fin, a la democracia y a una relativa igualdad. Son fenómenos que los subdesarrollados, y a veces los mismos desarrollados, no terminan de comprender.

Cuando desaparecen los huasos de a caballo, o cuando se encuentran en peligro de extinción, el tema se pone de moda. Alberto Cardenal, a quien no conocíamos como escritor y hasta versificador ocasional, nos entrega un estudio bastante completo sobre el tema. *El huaso chileno*. Se refiere, a la vez, un clásico en la materia. *El huaso*, de Tomás Lago. Cardenal ha estudiado bien el asunto. Su obra tiene abundantes datos históricos y una buena selección de textos cultos y populares sobre el huaso: desde viajeros ingleses hasta poetas y payadores chilenos. De Pablo de Rokha publica una prosa desbordada, de "tribunas diónicas", para cumplir las palabras del autor, la "Tonada a la posada de don Lucho Contardo". Todos nos preguntamos cómo sería la posada de don Lucho. A todos nos hubiera gustado probar la naraja aguardentosa, la sopapilla con cebollita invernal, el guarapillico aducido. Y qué nos dicen ustedes del "remolito ardiente" de Nicanor Parra? No sería raro que Nicanor perfiera cacerías, pero a mí, con sus repeticiones de palabras un tanto repetidas, a lo García Lorca, no me ha parecido mal. Fijos comencemos de los cacerías astuciosos siempre tienen algo que sorprende y que conmueve.

El texto de Cardenal, en su fondo último, es apasionado, parcial, discutible. Tiende, me parece a mí, a convertir su tema en leyenda y hasta en mitología. A través de lo que llama "voluntad de hacienda", de la cultura huasa, esboza una crítica de la racionalidad republicana, burguesa, de orígenes ilustrados. La argumentación es algo rápida y podría revertirse. No creo, desde luego, que la única cultura que se ha desarrollado algo en Chile sea la de la hacienda del Valle Central. Pero el libro plantea el tema en forma interesante, con un lenguaje de calidad, y vale la pena leerlo. Aunque sea para discutir.

Tomás Lago estudió los temas del arte popular chileno toda su vida. El libro suyo es minucioso, preciso, menos apasionado que el de Alberto Cardenal, por lo menos en apariencia, y quizás más documentado. Tomás Lago analiza los trabajos y los días del campo chileno, en el pasado y en un presente todavía cercano, el de los años cuarenta y cincuenta, y llega a conclusiones reveladoras. Coincide con Cardenal en algo esencial: lo que hace al huaso es el caballo con todas sus historias, con su nobleza, con sus aceros. En el Valle Central chileno sí hay una cultura particular, antigua, arraigada, de las montañas, los estribos, las maneras de correr en pelo, el rodeo. Un elemento curioso de transición es su asimilación por los indígenas. Las crónicas de la Conquista cuentan que Lantaro infundió pavor a los soldados españoles cuando les demostró, en compañía de un conjunto de jinetes escogidos y en vísporas de una batalla, que los araucanos habían adquirido notable destreza en el uso de los caballos. Las crónicas dicen, por otro lado, que en nuestra Plaza de Armas, conocida durante la Colonia como Plaza del Rey, se corrían tross en los días de fiesta por indios a caballo y armados de lanzas. Comenzaba, así, nuestro mestizaje, la forma propia de nuestra cultura. La ilustración llegó mucho más tarde y

entó en el mundo hispanoamericano con una debilidad. Para desgracia nuestra. Pero Chile, en forma excepcional, tuvo un pequeño núcleo de personajes ilustrados, gracias, entre otras cosas, a que el centro de actividades de la Inquisición estaba lejos, en la ciudad virreinal de Lima. Este núcleo de ilustración contribuyó a explicar la estabilidad conservadora, pero no reaccionaria ni bárbara, de nuestro siglo XIX.

N o me extraña que vuelva a ponerse de actualidad el tema del huaso. Veremos más renoletas, citometas y cacharras de toda especie en los campos chilenos, y la figura mítica, con su manta, su sombrero, sus espuelas, se dibujará en la memoria. Percibo, incluso, después de tantas vueltas, una nostalgia de los mundos de la literatura criollista, el de Gran Señor y Rajadiblos, el de los huasos de Mariano Latorre y Fernando Santiván, el de los alfileros pobres de Luis Durand. Encuentro en una librería de viejo unos *Cuentos del Maule*, de Mariano Latorre, dedicados en 1912 "al señor Pedro Prado", y los compro de inmediato. Nuestros señores de hoy, me digo, con sus casas en las alturas, no se interesan en nada. Una edición original de Latorre, de Federico Gana, de Pedro Prado, equivale, debería equivaler, si no en precio, por lo menos en rareza, en valores intangibles, a un cuadro de Juan Francisco González o de Agustín Alarcón. Pero llegamos a salones grandes, lujosos y nos encontramos con literatura de antecala de destina. Cardenal tiene el mérito de interesarse en sus temas y de escribirlos con gracia literaria. Tomás Lago había comenzado de poeta, entre los amigos de Neruda: de Alberto Rojas Ginzler, de Rábida Azócar, de todos ellos. Escribió en alternancia con Neruda, al alimón, las prosas de *Anillo*. No creo que nadie pueda distinguir los textos nerudianos de aquellos que pertenecen a Tomás Lago. Habían llegado a una identificación casi perfecta. Largos años después, a raíz de la separación de Neruda y Delia del Carril, se pelearon. Tomás Lago escribió una memoria furiosa contra Neruda, pero no sé si llegó a publicarla. Después de tantos años, se

descubrió que era un pesado, protestaba el poeta. Lago era un hombre de apariencia tranquila, amable, ameno, que hablaba con la entonación del sur profundo. Su diatriba antimeridiana me reveló que tenía, bajo su apariencia demética, pasiones volcánicas. Era un gran personaje nuestro. Me alegro mucho de que su libro nos permita recordarlo.

El texto de Alberto Cardenal tiene una cita interesante del Quijote, detalle no habitual, para qué estamos con cuentos, entre los políticos chilenos de ahora. Una vez, en alguna universidad norteamericana, me tocó almorzar con un gran experto en Cervantes. "Tengo anotados", me dijo, "todas las citas del Quijote que se encuentran en la literatura de Estados Unidos". "Tendrá entonces", le respondí, "las de William Faulkner". El experto me miró y afirmó en forma rotunda que no había citas del Quijote en la obra del autor de *Luz de Agosto*. Dos o tres días después, al regresar a la Universidad donde hacía clases, le envié una lista de las citas de Faulkner, que se refieren siempre a la cabalgadura del hidalgo manchego, a Rocinante. Había estado hacia poco en Oxford, Mississippi, en la casa de Faulkner. Sabía que el Quijote era el último libro que le leía en voz alta, días antes de su muerte, a su familia. Como dueño de un criadero de caballo y jinete aficionado, no muy bueno, según sus amigos, el novelista ponía gran atención en los temas relacionados con la caballería. Los coroneles de sus grandes novelas, los miembros de la familia Satoris, siempre participaron en cargas de caballería suicidas, desesperadas, en alguna batalla perdida de la guerra civil. Faulkner hace las citas de los episodios de Rocinante en alguno de los relatos de su libro *Gambito de caballo*. Ya no recuerdo en cuál. Debo consignar aquí que el experto en Cervantes, cuando recibió mi lista de citas, reconoció su omisión con humildad y me mandó una carta amable y generosa. Supongo que el Caballero de la Triste Figura lo había contagiado en alguna forma. El Caballero, Alonso Quijano, era un precursor de nuestros huasos. Y William Faulkner, caballero de su condado del sur, era un huaso norteamericano. Había logrado, como escritor, aunque pareciera una broma, la síntesis del criollismo y de la vanguardia estética, algo que nosotros quizás debimos intentar en alguna etapa.

Huasos en renoleta [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Huasos en renoleta [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile